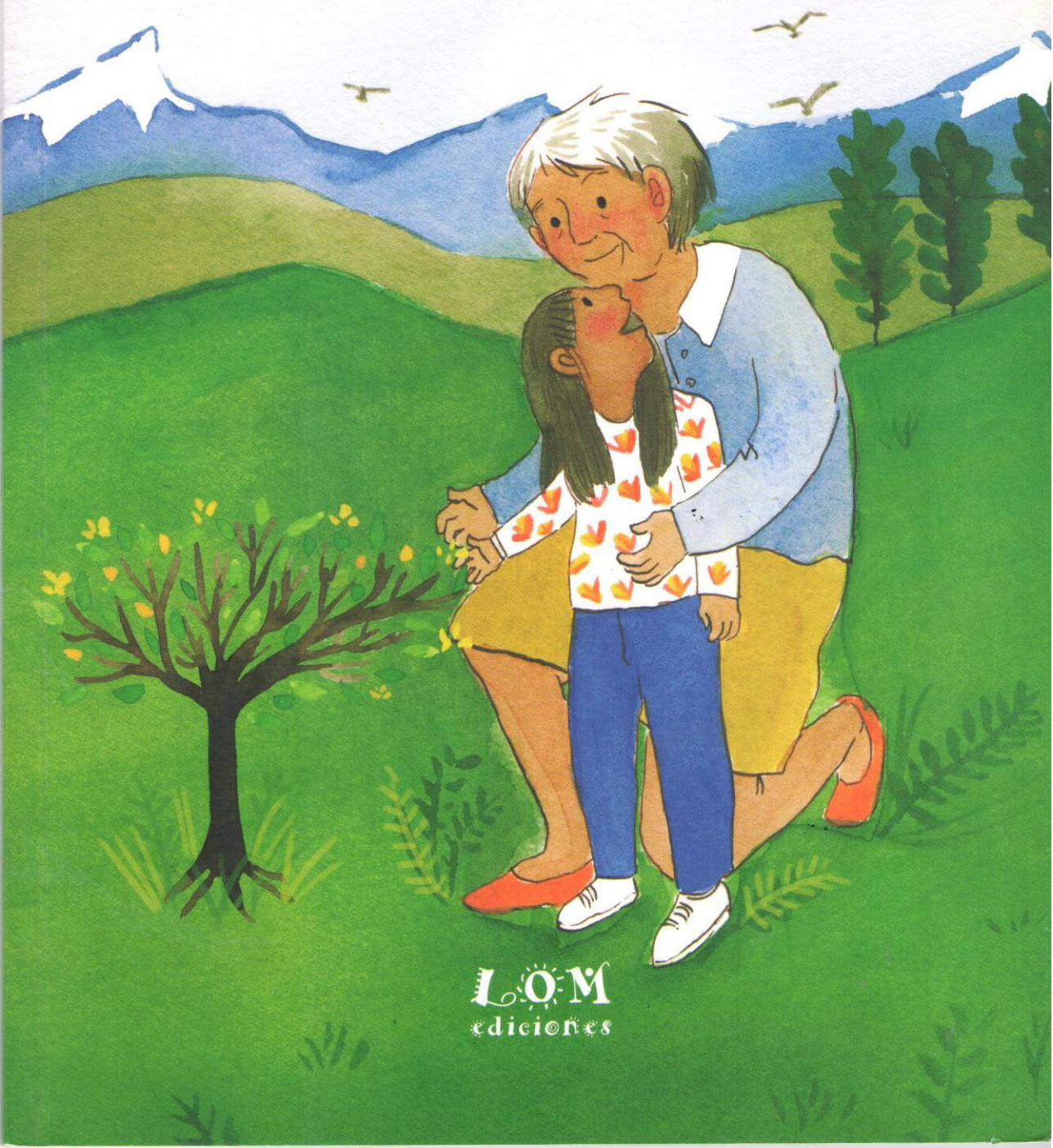


Paola Santa Cruz / Antonia Roselló

Los saberes de mi abuela



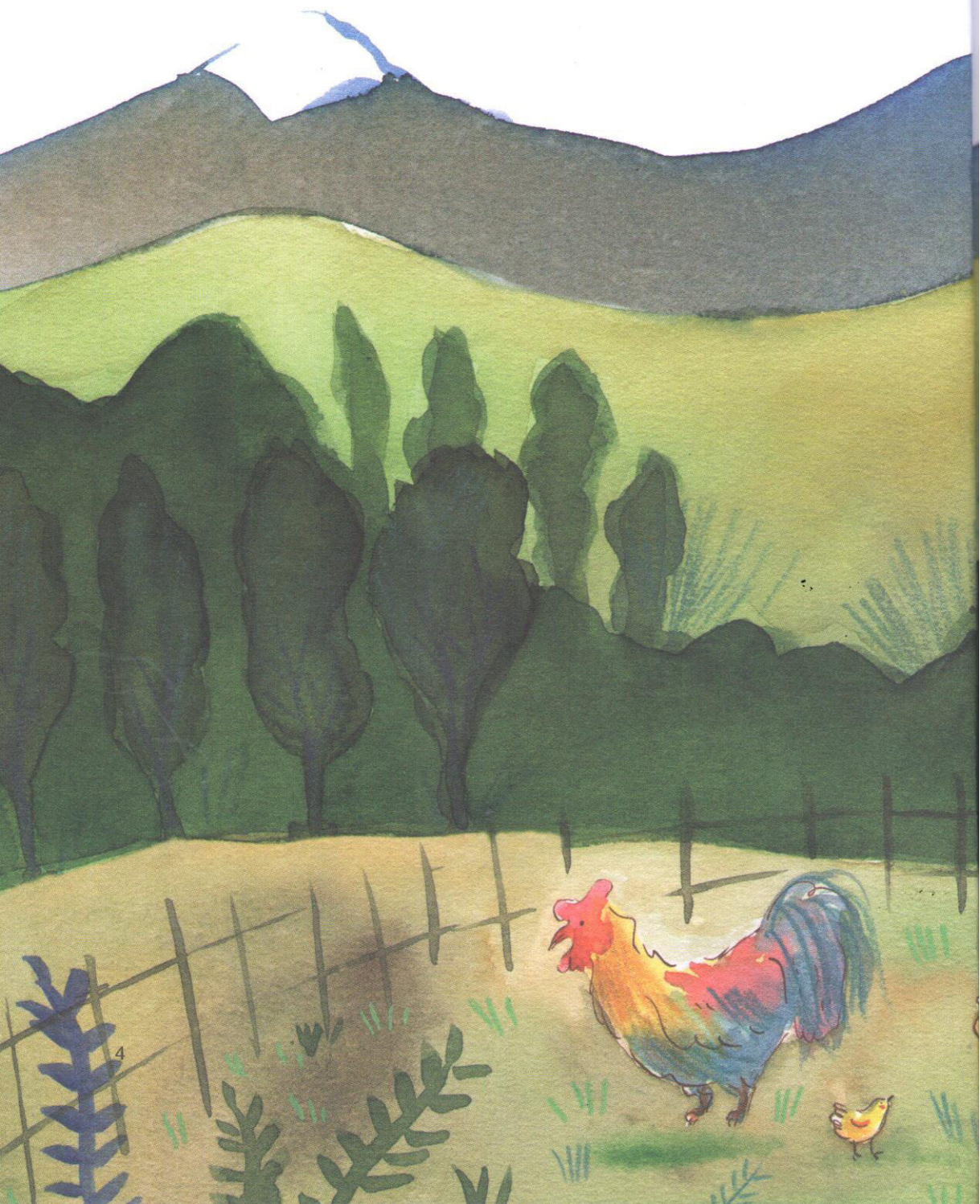
LOM
ediciones

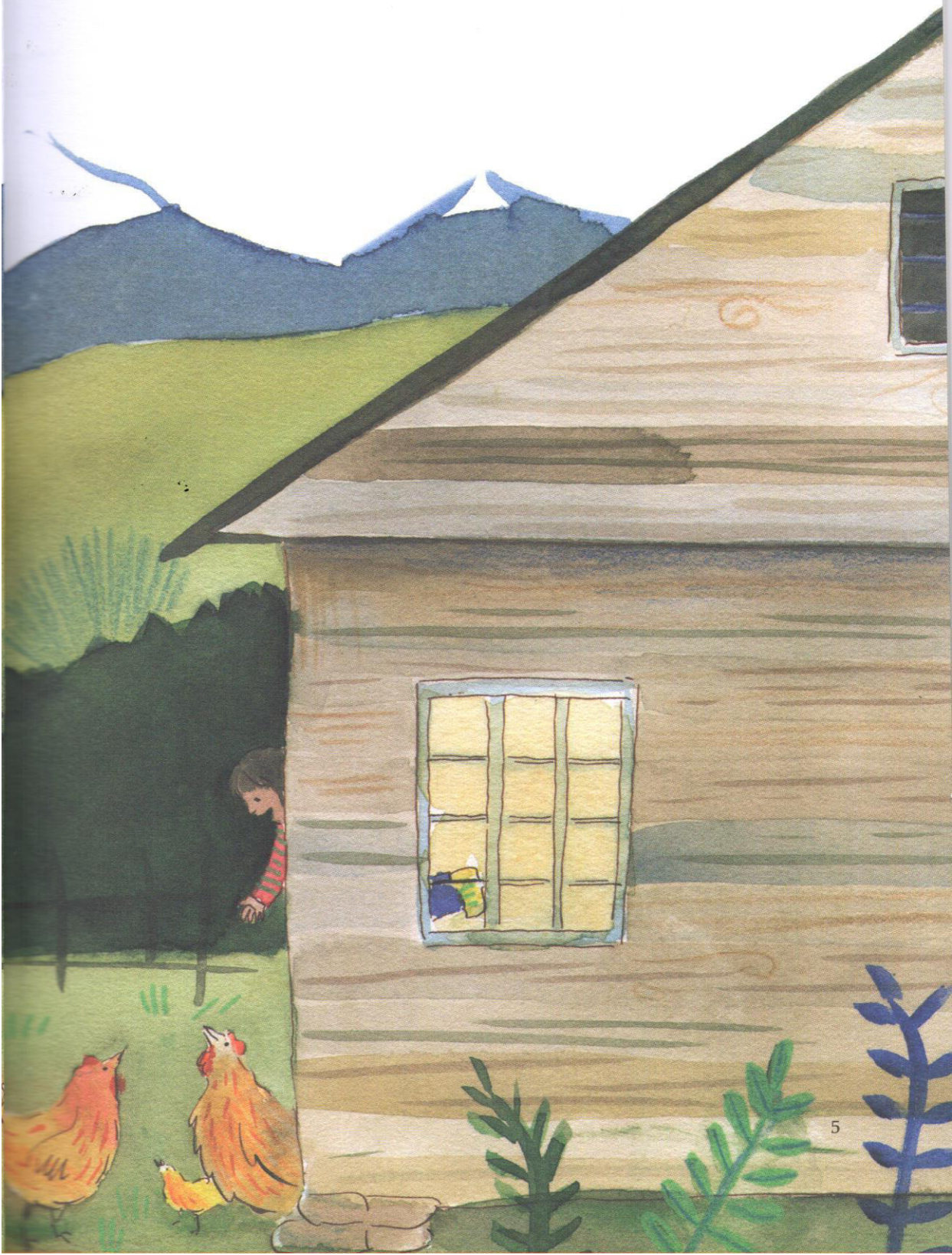
Paola Santa Cruz / Antonia Roselló

Los saberes de mi abuela

LOM
ediciones

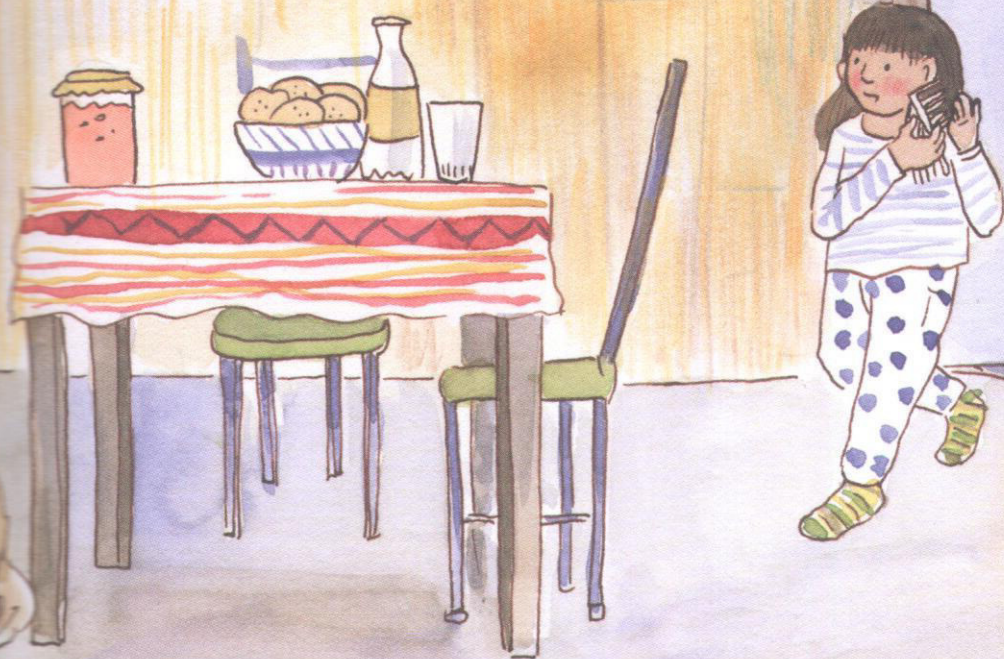
Laura vive en el campo con su abuela Matilde. Desde su ventana, puede ver los cerros azules, la hierba verde y el viento corriendo ligero.







Todas las mañanas Matilde
despierta a Laura para ir a
la escuela.



En el camino, Matilde le va contando historias a su nieta. Le habla en mapudungún y ambas recogen plantas en el camino.



«Esta planta se llama Michay, que crecerá hasta llegar a ser un arbusto, y es para cuando tienes fiebre. También sirve para teñir lanas de color amarillo», dice la abuela.



«Esta es la Melisa, para niñas como tú, que no quieren dormirse temprano».



«Esta plantita, que en algún momento será un árbol, se llama Pitrilla, y la corteza se usa para curar enfermedades de la piel».



Laura escuchaba y observaba con curiosidad a su abuela. Un día se acercó y le preguntó:

—Abu, ¿cómo sabes tanto? ¿A qué escuela fuiste?

Matilde le respondió:

—Fui a la escuela del pueblo, pero muchas de las cosas que sé, me lo enseñó la vida en el campo.

«Cuidando a los animales, mirando el cielo para saber
cuándo va a llover, o cuando cosechaba las verduras».



Laura estaba confundida y volvió a preguntar:

—Pero, abuela, ¿cómo sabes hablar dos idiomas, tejer y reconocer cada plantita que me mejora cuando me siento mal?

Matilde le dijo:

—Hay conocimientos que los mayores van transmitiendo a los más jóvenes, de padres a hijos o, como nosotras, de abuela a nieta. Así, estos conocimientos nunca desaparecen.

«Mi abuela le enseñó a mi mamá».



«Mi mamá me enseñó a mí».



«Y ahora yo te enseño a ti».



Al día siguiente, en la escuela, Laura aún se preguntaba cómo su abuela había aprendido tanto. Comenzó a imaginarse las cosas más extrañas:

Tal vez había dormido encima de muchos libros cuando era niña y absorbió todo el conocimiento.



O quizás la abu había nacido con un súper cerebro y por eso era tan inteligente.



Incluso llegó a pensar que unos extraterrestres habían bajado a la tierra y le habían transmitido mucha información.



Al ver a Laura confundida, su profesora se acercó y le dijo:
—¿Qué ocurre, Laura?



Laura le explicó su preocupación. Entonces la profesora respondió:

—Laura, esos diferentes saberes son lo que llamamos Patrimonio Cultural Inmaterial. Son conocimientos que no se pueden tocar, pero que mucha gente sabe y practica.

«Por ejemplo, cuando tu abuelita Matilde teje, mueve los hilos del tejido y va formando figuras diferentes; ella lo tiene en su mente y lo practica como aprendió. Se lo enseñó su mamá, y ha sido traspasado de generación en generación».

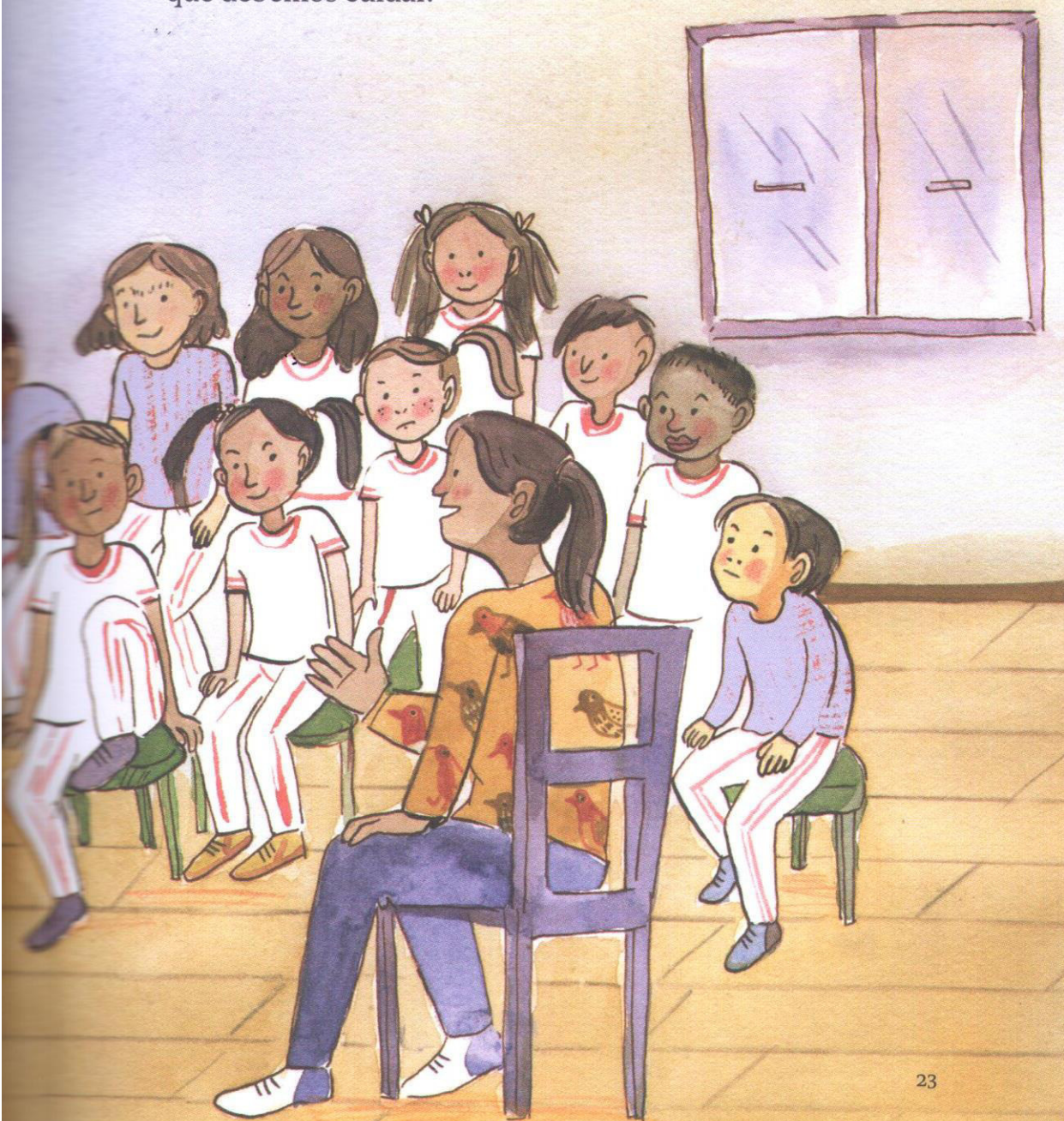




Entonces la profesora pensó que era una buena oportunidad para enseñarles a todos los niños sobre las dudas de Laura.



—El patrimonio cultural es una parte de todo lo que nos han dejado nuestros antepasados, así como nosotros les dejamos a nuestros hijos y nietos. Nos hacen ser la comunidad que hoy somos. Es una enorme riqueza que debemos cuidar.



—Algunos se pueden tocar y se llaman Patrimonio Cultural Material:



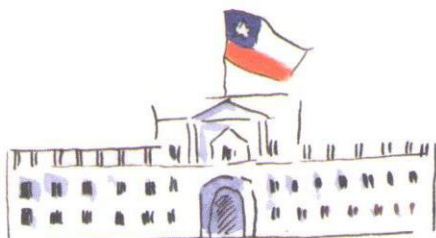
—Los palafitos y las iglesias de Chiloé.



—La cestería de Chimbarongo.



—Un mural a cielo abierto.



—El Palacio de La Moneda.

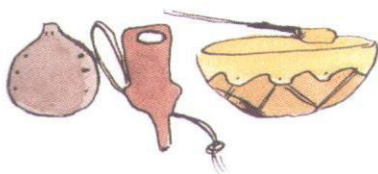
—Y también existe el Patrimonio Cultural Inmaterial, que son prácticas de la creación cultural que pertenecen a las personas. Estas se aprenden y se llevan en el recuerdo durante toda la vida:



—Las leyendas y cuentos orales.



—El canto a lo divino.



—Instrumentos musicales como la ocarina, la pifilca y el kultrín.



—Los carnavales.



—Una artesana que modela greda.



—Expresiones urbanas, como grupos de hip-hop.

De pronto los niños comenzaron
a levantar la mano:



Juan dijo:

—Mi papá sabe qué mes cultivar
la papa.

—Mi mamá tiene un telar que era de su
abuela, y lo teje todas las semanas —dijo
Federico.

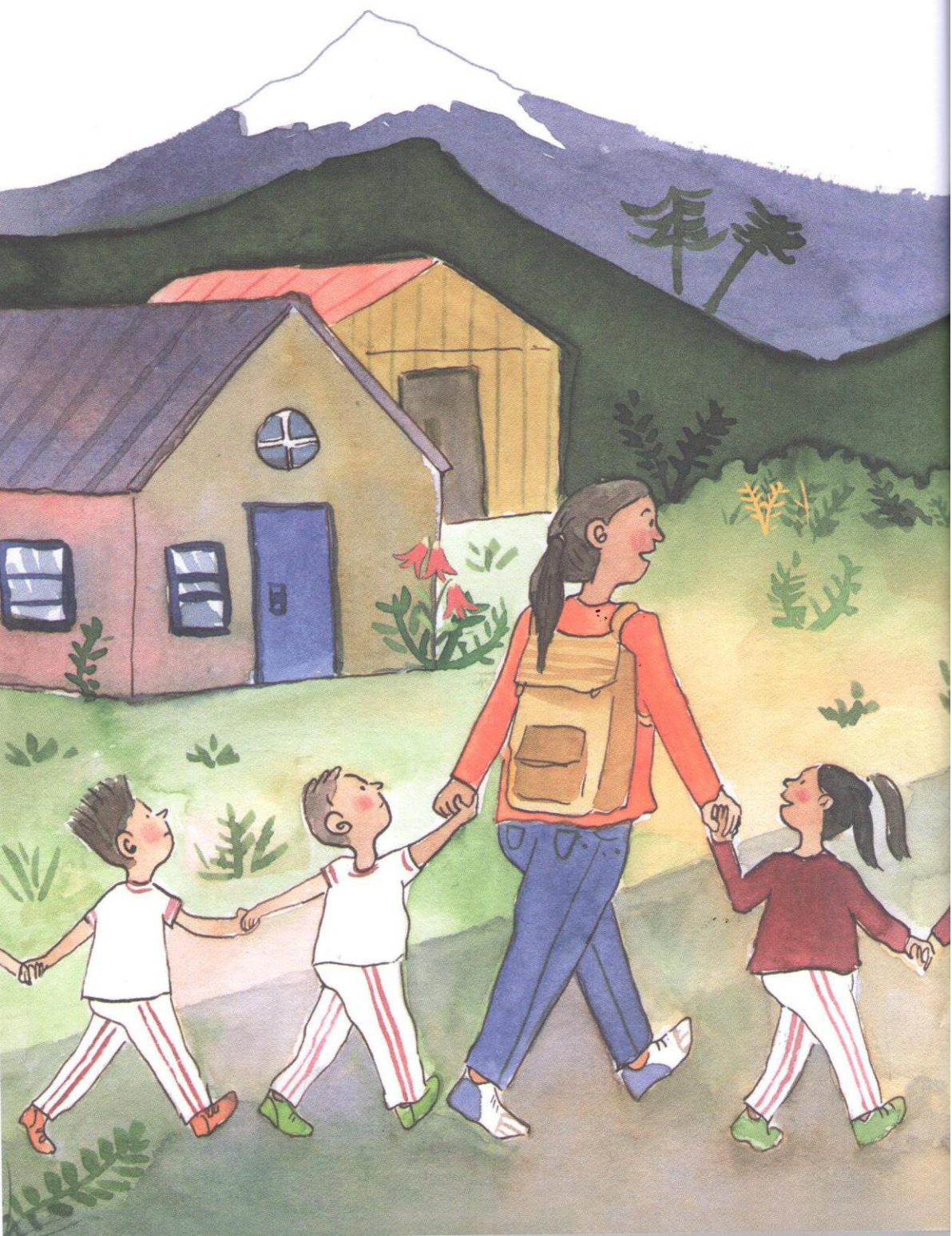


–Mi mamá sabe cuándo va a llover por el viento
y la temperatura que hay en el aire –dijo Camila.

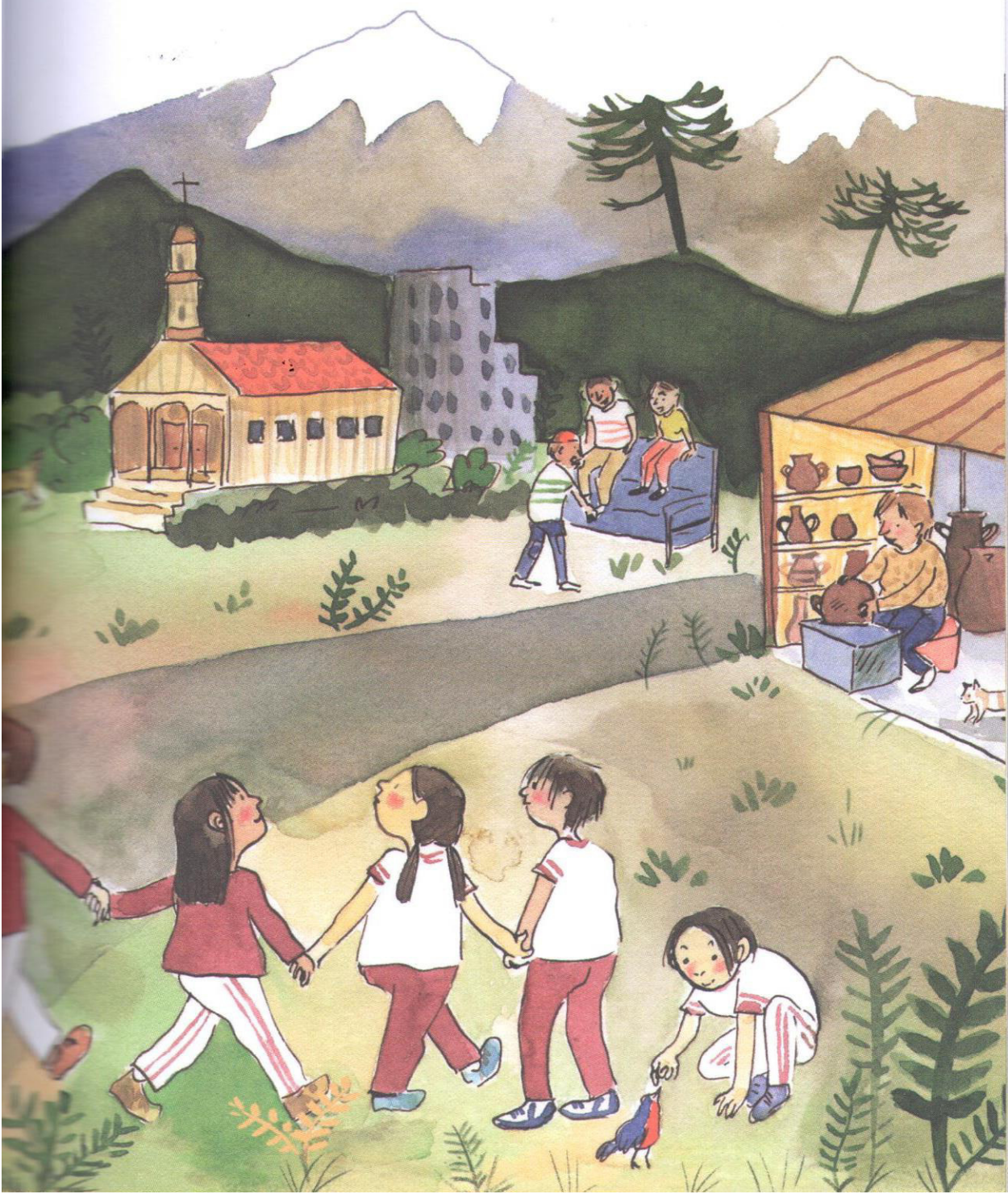
–Todos esos saberes son Patrimonio Cultural
Inmaterial –dijo la profesora.



Al ver el entusiasmo de los niños, la profesora organizó un paseo por la ciudad.

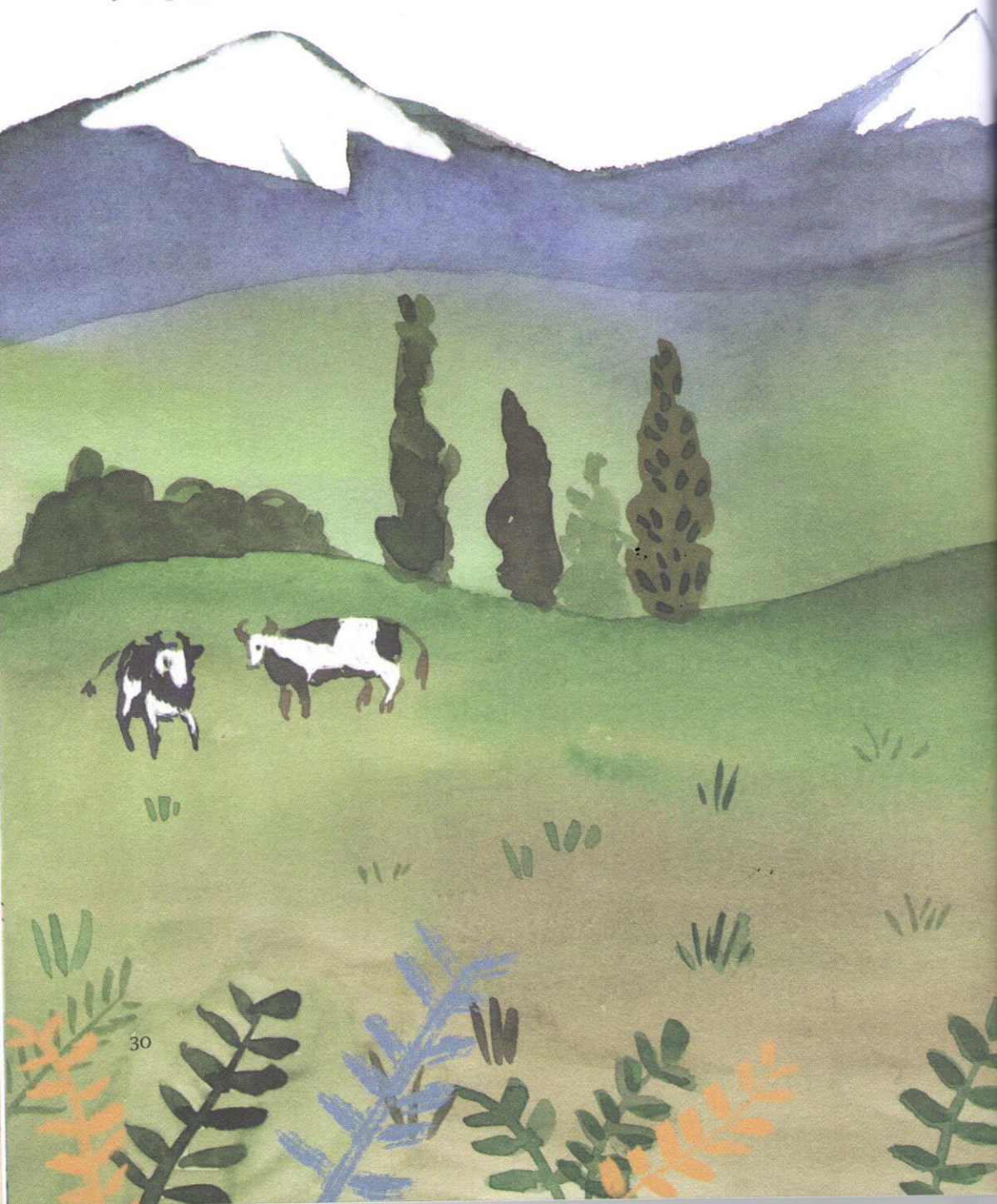


Los niños pudieron conocer los diferentes tipos de patrimonios: cordillera, iglesia, copihue, loica, grupo de hip-hop en la plaza, escuela, artesana, artesanía.



Por la tarde, Laura salió muy contenta del colegio. Al ver a su abuela, le dijo:

—Abu, hoy aprendí que todo lo que tú sabes se llama Patrimonio Cultural Inmaterial, y las cosas que haces y se pueden tocar se llaman Patrimonio Cultural Material.



—Y tú eres mi patrimonio —finalizó Laura
abrazándola con alegría.

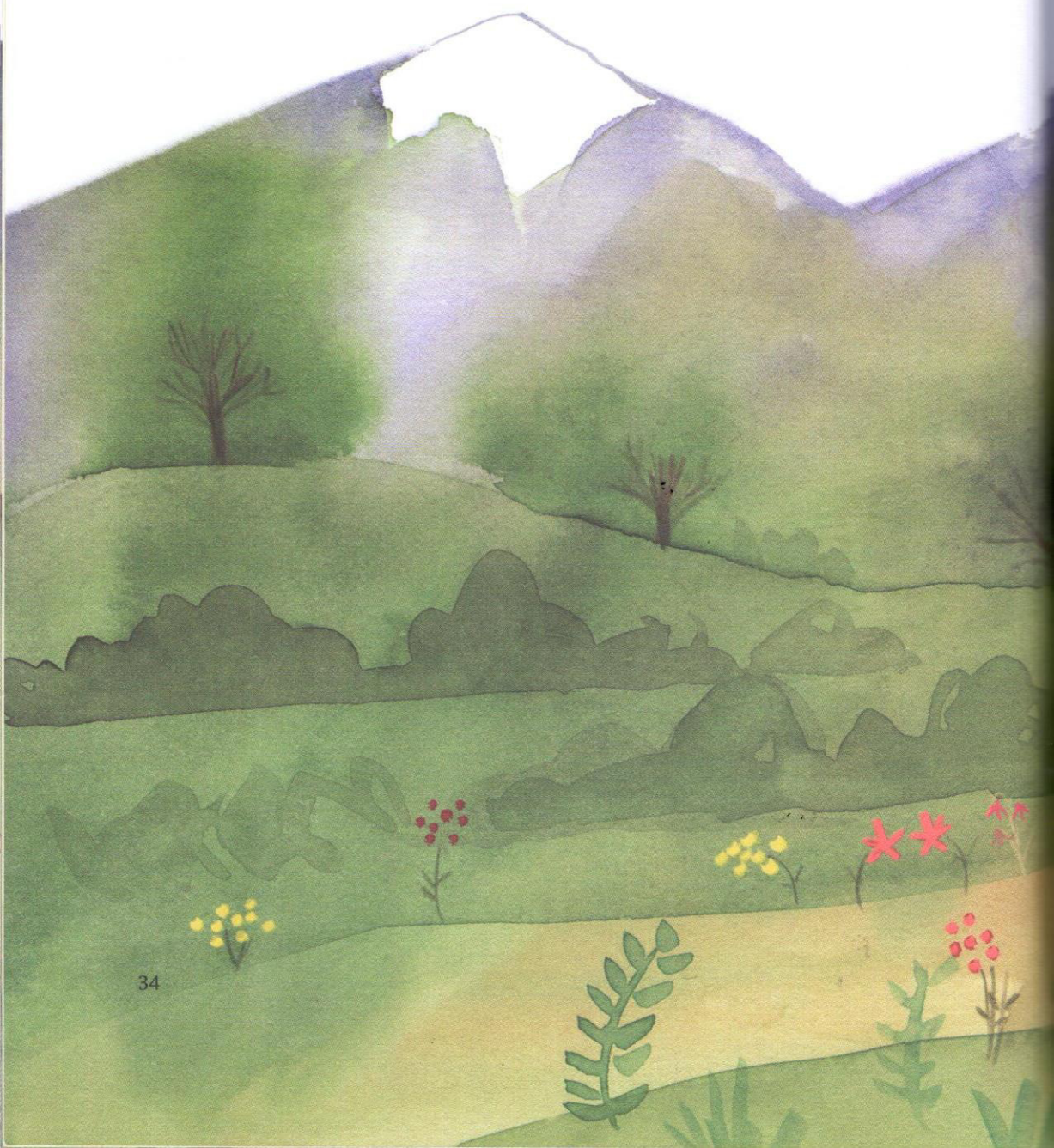


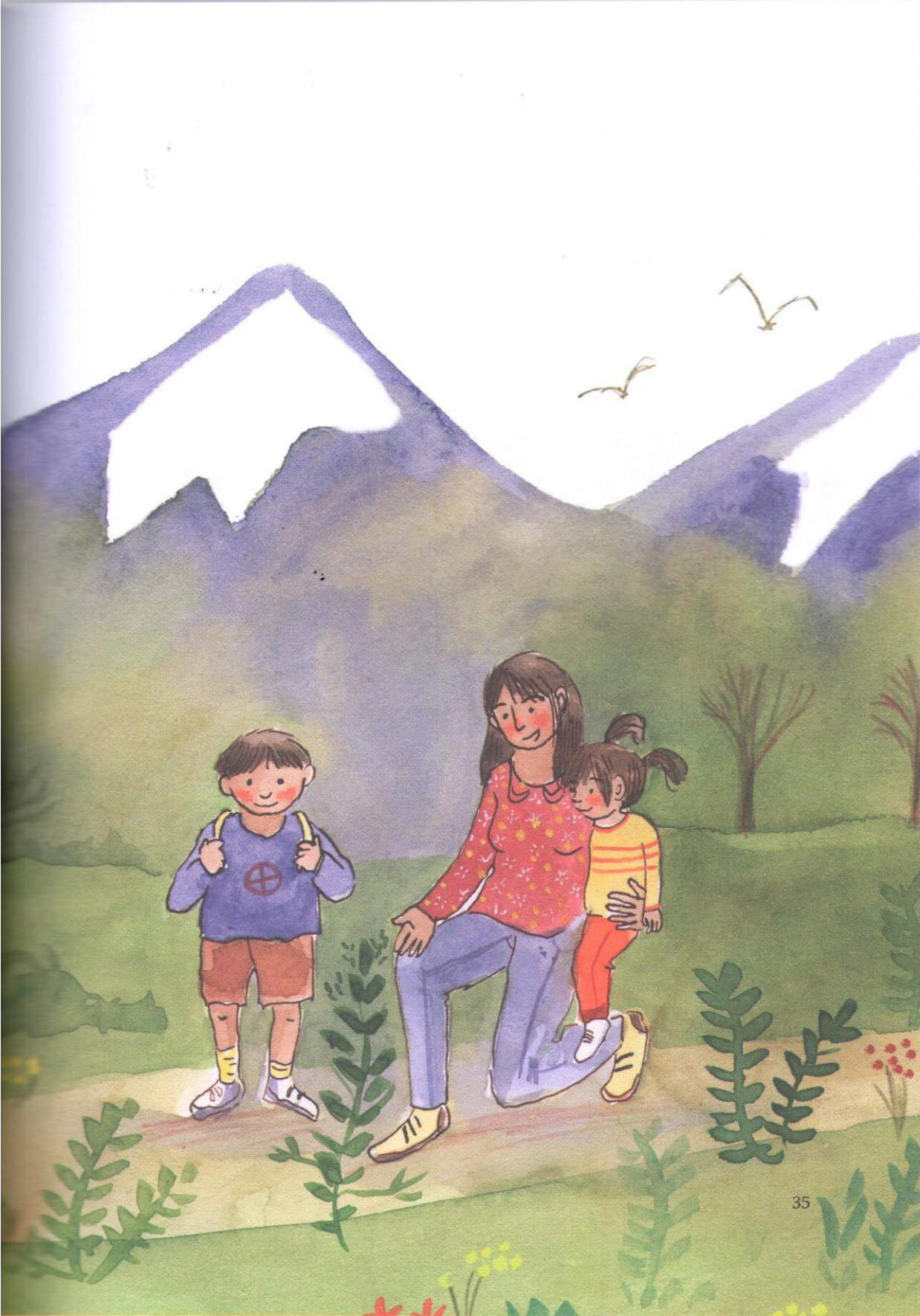


Cuando llegaron a la casa, Laura empezó a cantar con su abuela, como solían hacerlo. Se dio cuenta de que junto a ella se estaba convirtiendo en una niña que sabía cada vez más.



Con los años, Laura no olvidó los conocimientos que su abuela le había transmitido. Tampoco lo olvidaron sus hijos y nietos.





Los saberes de mi abuela

Laura y su abuela Matilde viven juntas en el campo. Cuando la lleva a la escuela, Matilde le va mostrando a Laura todo lo que hay en el camino: los vegetales, los animales, los colores del cielo, los sonidos de cada rincón del valle.

Cuando están en casa, le enseña mapudungún y también a tejer con telar, a emplear las hierbas en la cocina o a cantar bellas y antiguas canciones con la guitarra.

Laura está sorprendida: ¿cómo sabe tantas cosas la abuela? ¿Dónde las aprendió, si en la escuela eso no lo enseñan? ¿Acaso leyó miles de libros desde muy pequeña? ¿Acaso vinieron los extraterrestres y le transmitieron todo?

Un día, Matilde le responde esas preguntas y los ojos de Laura se encienden y se agrandan de alegría y de maravilla.